

EL HISTORIADOR JUAN ANTONIO ORTEGA Y MEDINA, INSIGNE EJEMPLO DE LA "MÁLAGA PEREGRINA" (1913-1992)

Se carece a estas alturas de la investigación histórica de una obra definitiva que trate el mundo de los exiliados tras la guerra civil; entre otras razones por la dificultad misma que entraña el seguimiento de tan dispersa y forzada emigración política, por los diferentes escenarios donde se proyectó, tanto de Europa como de América, y porque la afluencia de nuestros compatriotas a las naciones de uno y otro continente fue muy desigual. En general, cabe decir, los países americanos, a excepción de México que glosamos con mayor amplitud, acogieron a colectivos poco numerosos, y casi siempre con una cualificación específica, sobre todo en el ámbito intelectual; son los casos muy relevantes de Alberti y Sánchez Albornoz en Argentina o de Juan Ramón Jiménez en Puerto Rico, entre otros, como figuras más destacadas.

Fue México, sin duda, el país que, primero, cualitativa y, después, cuantitativamente mostró mayor receptividad a los españoles que hubieron de abandonar nuestro solar en tan doloroso trance, y allí es donde se ubicará este malagueño y donde se hará ilustre; por ello, es preciso referirse a la actitud de la nación hermana ante nuestra contienda de 1936-39.

México ante la guerra civil española (1)

Corresponde en México el período de nuestra confrontación interna al mandato de Lázaro Cárdenas (1934-1940) como presidente de la República. Es el creador del Partido Revolucionario Institucional (PRI). El líder Cárdenas encarna una posición de "izquierdas", entre cuyas actuaciones prioritarias estuvo la aceleración de la reforma agraria, reparto de tierras a los campesinos, separación Iglesia- Estado, ampliación de la enseñanza —doctrinalmente laica—, y política de nacionalizaciones; la más notable, es la de la Compañía de Petróleos Mexicanos (PEMEX). Este programa tenía evidente parecido con las propuestas de las "izquierdas" españolas; de ahí su simpatía con la República y con el bando vencido en la guerra; y por contra, su animadversión radical a los vencedores y a lo que éstos representaban. El apoyo de la gran república del sur de Río Grande a sus correligionarios españoles, se concretó, desde los orígenes mismos del conflicto, en ayuda en material de guerra; si bien modestamente por la escasa potencialidad en indus-

tria de esta naturaleza (2); y en la práctica de la intermediación para suministrar armas a la República española, adquiridas a través de terceros países.

Baste esta referencia para presentar la manifiesta proclividad de México hacia el sector republicano en lo que a la contienda misma se refiere. En el ámbito diplomático, ante los foros internacionales, también defendió abiertamente sus ideas favorables al poder constituido en España.

Pero no sólo mantuvo su actuación en estos dos aspectos, por significativos que fuesen. Su compromiso con el Gobierno se extendió generosamente a recibir a los españoles que desearan abandonar España. México se convirtió en el principal refugio de los transterrados (3) republicanos. El éxodo tuvo tres fases: primero, unos cuantos centenares de niños huérfanos, son "Los niños de Morelia" (4) —unos quinientos (1937)—; después, un importante núcleo de intelectuales, aún en pleno guerra, y por último, la llegada en masa de españoles republicanos.

Respecto a los intelectuales, el ofrecimiento de Cárdenas fue también temprano. Ya desde 1937, Daniel Cosío, encargado de negocios de México en Portugal, inicia los contactos con relevantes miembros de la intelectualidad española para acogerlos en la Casa de España, entidad recién creada por el presidente de la República, con la idea de que en ese centro trabajaran, hasta que pudiesen encontrar puestos docentes o de investigación en otras instituciones mexicanas. La iniciativa en este primer momento —1938— se concreta por "rigurosa invitación". Miembros señeros de la inteligencia mexicana, buenos conocedores de las cualidades de sus colegas españoles cursan la invitación individualmente. Entre los primeros a los que se ofrece acogida hay nombres tan significativos como José Gaos, Dámaso Alonso, Ramón Menéndez Pidal, León Felipe, y junto a ellos dos malagueños, **José Moreno Villa** y **María Zambrana**.

Es de advertir en todo caso, y como iremos viendo, que la mayoría de los intelectuales que con el tiempo llegaron a México no habían sido invitados específicamente por ninguna autoridad de aquel país. Marcharon allá después de la guerra con la gran oleada de transterrados, financiados por los fondos del Gobierno republicano o por sus propios recursos.

Después de la derrota de la República y del estallido de la II guerra mundial, a todos —españoles allí emigrados y mexicanos— parecía evidente que la estancia en aquel país "iría para largo". A fines de 1940 la Casa de España cambia su nombre por el de "Colegio de México", convirtiéndose entonces en un organismo bien estructurado de enseñanzas e investigación mixto hispano-mexicano, muy lejos de la provisionalidad de la primera hora. La Casa de España-Colegio de México resultó de un extraordinario éxito, en cuanto fecunda institución formadora y obligado punto de referencia de la intelectualidad mexicana.

La gran emigración

Los antecedentes de acogida a los dos colectivos cualificados —niños e intelectuales— constituían algo más que un gesto; era el precedente y la expresión de una resuelta voluntad de acogimiento, aunque una ampliación generalizada planteara problemas al país receptor, que jamás había experimentado una inmigración de tales carac-

terísticas, ni por su número, ni por la adscripción ideológica del colectivo. La aceptación de la masiva emigración republicana a México iba mucho más allá del hecho humanitario de los niños o de la compasión hacia "las cabezas pensantes", infravaloradas y en grave riesgo de malograrse; suponía políticamente mucho más, el decidido compromiso de México con los republicanos españoles.

Cárdenas determinó que su país daría la bienvenida a los miles de transterrados españoles —todos los que lo desearan— y les permitiría hacer de México su segunda patria. Ya a fines de 1938, muestra su disponibilidad ante el gobierno de la República, manifestando que está dispuesto a recibir sesenta mil refugiados (5), aunque este dato no se reveló para no influir en la desmoralización de los combatientes. En abril del 39, ante la derrota consumada y las pésimas condiciones de los exiliados en los campos de refugiados franceses, Narciso Bassols, embajador de México en París hizo público el anuncio de que su país "aceptaría un número ilimitado de transterrados si las autoridades republicanas podían pagar el transporte y su acomodo en México". El asunto era pues, un problema de financiación, no de voluntad acogedora. La celosa actividad de Bassols en Francia, en cooperación con los líderes republicanos, permitió trasladar a miles de españoles de Francia a México entre 1939 y 1943, aun estando Francia ocupada por los alemanes.

La financiación se obtuvo, al menos en buena parte por medio del tesoro español que fue puesto a buen recaudo por el primer ministro Negrín, para su transporte a México en el yate "Vita" (6). El barco llega a Tampico en 28 de marzo de 1939, y allí lo recibe Indalecio Prieto, enemigo político de Negrín. La intervención de aquél asentó su prestigio y afianzó su posición entre la comunidad de refugiados en el exilio. Entre tanto, la Diputación Permanente de las Cortes republicanas en el exilio, reunida en París toma tres decisiones en este asunto. De una parte, como representante democrática del pueblo español en el exilio, se siente legitimada para disponer de esos fondos y velar por su recto uso, que no es otro que posibilitar la evacuación de españoles republicanos a México; de otra, crear una institución —la Junta de Auxilio a los Refugiados Españoles (JARE)— a fin de que se encargase de todo lo concerniente a los exiliados; y por último, dar su conformidad a que fuera Indalecio Prieto el administrador de los fondos de la JARE, obtenidos, a su vez, del tesoro del "Vita".

Los enfrentamientos Negrín-Prieto se vieron reflejados en las organizaciones para ayuda a los refugiados. Bajo los auspicios de aquél se fundó el SERE —Servicio de Emigración para Republicanos Españoles— en París y marzo de 1939; mientras que Prieto propició la creación de la JARE, institución que acabaría asumiendo, después de 1940, la principal responsabilidad de transportar y atender a los transterrados. El SERE creó un Comité Técnico de ayuda a los españoles en México, quien con sus fondos y por medio de diferentes grupos privados cerca de veinte mil transterrados fueron evacuados de Francia en el término de quince meses, 1939 y principios de 1940 (7).

A lo largo de 1939 tiene lugar la primera oleada masiva —en torno a cinco mil— de refugiados españoles procedentes de Francia que llegan a México. El "Sinaia" es el primer barco que arriba a Veracruz, el 13 de junio de 1939, con 1.600 pasajeros. Tras él harán su jornada el "Ipanema" y el "Mexique". Otro buque el "De Grasse" llega a Nueva York, y desde allí, por tren, los exiliados alcanzan México. A partir de 1940, y por agota-

miento de los fondos del SERE se hace cargo del asunto la JARE. Las dificultades desde 1941 aumentaron sensiblemente por la ocupación alemana del país vecino (8).

No es fácil saber con exactitud el número de españoles transterrados a países americanos. Los lugares de destino, además de México, fueron Cuba, República Dominicana, Argentina, Chile y Venezuela, si bien, en número sensiblemente menor. Para México, entre 1939 y 1942, por los servicios estadísticos del Gobierno se dan poco más de trece mil; sin embargo, estas cifras no parecen muy fiables, los tratadistas hablan de al menos veinte mil.

Pues bien, de todos los países citados, México, por su compromiso político con la República española fue el único que estuvo dispuesto a admitir una cantidad virtualmente ilimitada de exiliados; y habida cuenta de su grueso número y cualificación es lógico que sea este país donde se haya constituido el centro principal de la vida y la cultura de los republicanos españoles, y en consecuencia, la influencia de éstos, pese a ser tan gran país, donde mayor huella ha dejado.

En cuanto a la actividad de estos españoles, el gobierno mexicano tuvo la intención de que sólo una minoría se instalara en la Capital, en tanto que el gran colectivo iría a zonas despobladas del país a constituir colonias agrícolas. Pero poco prosperó esta pretensión gubernamental, la inmensa mayoría emigró al Distrito Federal en busca de mejores condiciones. La economía mexicana se hallaba en franca expansión, favorecida por la contienda mundial, y en diversas actividades de empresas del país encontraron su oportunidad los recién llegados. Aunque las dificultades fueron muchas en un primer momento, en la evolución de su estancia en aquella tierra, alcanzaron en relación con el común del país un nivel aceptable de vida. Los negocios, el comercio, empresas de mayor o menor envergadura, gerencias, compañías comerciales o de seguros, entidades de ahorro y crédito... En la industria y servicios en general, se emplearon los transterrados. Junto a esto, la enseñanza, la investigación, la medicina (9), el ámbito editorial, son los lugares donde se ocupan los numerosos intelectuales que se exilian. La "inteligencia" *sensu lato*, fue especialmente valorada.

Escapa a las pretensiones de este trabajo relacionar un elenco pormenorizado de transterrados que dejaron constancia de su excelente quehacer en la tierra que los acogió. Baste citar por su renombre universal a José Gaos, Bosch Gimpera, Santiago Genovés, Salvador de Madariaga, Américo Castro, León Felipe, Max Aub, Ramón J. Sender, Luis Buñuel...

Por lo que respecta a los malagueños que marchan a México tras la guerra civil, mayor dificultad entraña aún conocer su número y calidad. En el exilio no debieron constituirse "sub-colonias" regionales, y menos aun provinciales. Ser españoles republicanos y antifranquistas son las condiciones que definen sus signos de identidad en cuanto a colectivo. Hemos podido colegir, eso sí, once malagueños que han triunfado de modo muy sobresaliente en la tierra de su segunda patria, y siempre relacionados, de una u otra forma, con el ámbito intelectual y cultural (10). Algunos de ellos, como Altolaguirre, Moreno Villa, Emilio Prados y sobre todo, María Zambrano son suficientemente conocidos. Los demás, en el ámbito malagueño pasan absolutamente desapercibidos. Valga la presente relación, en la que indicamos fecha de nacimiento, lugar y año de defunción, en su caso, y actividad relevante, para darlos a conocer al gran público:

- 1.- Manuel ALTOLAGUIRRE. Poeta, traductor, tipógrafo, impresor y cineasta. Málaga, 1905; Burgos, 1959.
- 2.- Joaquín ALVAREZ PASTOR. Filósofo y pedagogo. Málaga, 1885; México, 1950.
- 3.- Carlos CAMACHO HUELIN. Publicista y periodista. Málaga, 1926.
- 4.- Rafael JIMENEZ SILES. Editor, librero e impresor. Málaga, 1900; México, 1975.
- 5.- José MORENO VILLA. Poeta, pintor, crítico e historiador del arte. Málaga, 1887; México, 1974.
- 6.- Isabel OYARZABAL DE PALENCIA. Escritora y diplomática. Málaga, 1878; México, 1974.
- 7.- Juan OYARZABAL ORUETA. Marino militar y físico atómico. Málaga, 1913; México, 1977.
- 8.- Emilio PRADOS. Poeta. Málaga, 1899; México, 1962.
- 9.- Alicia RODRIGUEZ. Actriz. Málaga, 1935.
- 10.- María ZAMBRANO. Filósofa. Vélez-Málaga, 1907-1991.

Al fin, cumple aquí ocuparnos de nuestro personaje, como uno de los grandes ignorados en su Málaga natal; que no partió hacia México como un intelectual consagrado —no podía serlo con sólo 26 años— pero que sí ha llegado al máximo reconocimiento en aquel país en el área de las Ciencias Sociales, al alcanzar el premio Nacional de esta especialidad, comparable a nuestro "Príncipe de Asturias". Que esto haya sido posible se debe a su extraordinario talento y vocación universitaria e investigadora, a la generosa acogida del país hermano que le permitió rehacer su vida; y al espléndido ambiente intelectual que allá encontró entre sus compatriotas.

Su vida y obra

Nació en Málaga el 10 de agosto de 1913, en el número 24 de la calle Duque de Rivas, dentro de una familia oriunda de Antequera, siendo el quinto y último hijo de ella. Su padre Felipe Ortega, Capitán de Infantería, había combatido en las guerras de Melilla (1893) y Cuba (1895-98), y como muchos jóvenes oficiales procedentes de la clase media, se convirtió en un convencido republicano al achacarle a la monarquía la culpa de los males del país y del desastre militar del 98, que ellos habían sufrido personal y traumáticamente.

Muy niño, Juan Antonio, quedó huérfano de madre lo que marcó una impronta y un sello peculiar en su carácter, al ser educado, por un lado por su enérgico progenitor; y por otro, por sus hermanas. El republicanismo del padre se transmitió a sus hijos y en especial a los dos varones. Este espíritu anti-monárquico marcará las vidas de los dos hermanos Ortega, y les llevará a un inquieto y lejano destino, al menor de ellos, y a un trágico final, al primero (11).

Juan A. Ortega Medina tuvo una infancia y adolescencia feliz en su Málaga natal, estudia las primeras letras y la enseñanza primaria en los colegios de "La Goleta", y "San Pedro y San Rafael"; y el Bachillerato en el Instituto "N^o S^o de la Victoria", único

existente en la ciudad en aquel entonces. En la Escuela Normal de Magisterio en la plaza de la Constitución cursó la carrera de Maestro, trasladándose a Madrid en octubre de 1935, para iniciar el primer curso de licenciatura en la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad Complutense. Le sorprendió el estallido de la guerra civil de vacaciones en la casa paterna, y naturalmente se presentó voluntario en el cuartel de Capuchinos de la capital malagueña, para defender la República. Media hora después salía con el grado de sargento, pues el oficial de alistamiento lo ascendió automáticamente a Cabo al enterarse que había hecho la mili y sabía leer y escribir. Al conocer que era Maestro Nacional —con las oposiciones recién aprobadas— lo ascendió a Sargento. El joven Ortega con gran sentido del humor comunicó a su padre que si permanece media hora más en el cuartel sale de Capitán.

Al mando de un pelotón de improvisados reclutas recién enganchados marcha al frente de Estepona y allí percibe con claridad las diferencias abismales que separan a nacionalistas y republicanos. En las filas de los primeros, disciplina, moral de combate y profesionalidad; en el bando antagónico en el que combatía, estas cualidades brillaban por su ausencia, de tal forma, que la ofensiva nacionalista no tuvo que arrollar en Estepona ninguna línea defensiva, por el mero hecho de que no existía, al haberla abandonado los milicianos la noche anterior. Ortega a punto estuvo de caer prisionero conjuntamente con otro maestro-sargento, al encontrarse solos, sin hombres que mandar.

Ortega Medina logra entrevistarse con su hermano Felipe, Comandante y Jefe e una brigada republicana en el frente del norte y le comunica sus inquietudes y su desaliento, haciéndole ver que se ha alistado voluntario para defender a la República, no para quedar inerte frente al enemigo ante la falta de moral combativa de los milicianos. Su hermano le tranquiliza, indicándole que las cosas cambiarían y prueba de ello sería la apertura de escuelas militares para formar en plan acelerado oficiales republicanos. Efectivamente, Juan A. ingresa en la recién creada Escuela de Guerra de Lorca (Murcia), y a los seis meses consigue el "Despacho de Teniente de Campaña" del arma de Artillería. Participa en los duros combates de la Batalla del Ebro y más tarde en el frente de Cataluña. Su profesionalidad y temple le hacen mandar desde una Batería hasta un Grupo de Artillería, pese a ser un simple Teniente. Es herido de gravedad dos veces, la última cuando se replegaba con su grupo artillero y fue atacada la columna por la aviación nacionalista que la destrozó, siendo uno de los pocos supervivientes. De un hospital de campaña en Valencia llega al hospital militar en Barcelona. Ante el avance de las tropas adversarias pasa a Francia, y aquí permanece un año en los campos de concentración que el gobierno habilitó para los vencidos republicanos españoles, custodiados por selectas tropas coloniales senegalesas. En mayo de 1940 y ante el avance alemán, las autoridades galas permiten la evacuación a los neoxiliados. Tres buques se fletan rumbo a las tierras americanas, repletos de excombatientes republicanos. Uno de ellos es interceptado por la marina alemana y obligado a volver a la ya Francia ocupada. Su pasaje es internado de nuevo en campos de concentración, pero esta vez bajo el yugo alemán. Un segundo barco es torpedeado por un submarino germano, no hubo supervivientes. Y uno sólo —en el que iba Ortega— logra llegar a Santo Domingo, donde el dictador Trujillo les niega el derecho de asilo, y ni siquiera les permite desembarcar pese a las condiciones de hacinamiento, precariedad y enfermedad en que se encuentran los fuerza-

dos pasajeros. Generosamente el Presidente de México, Lázaro Cárdenas, como ya había hecho con numerosos republicanos, autoriza el desembarco de refugiados en un puerto de su país, y así, en julio de 1940, después de una estancia de casi tres meses en el mar, más bien diríamos en un campo de concentración flotante, llegó Juan Antonio Ortega a Puerto México o Coatzacoalcos, en compañía de unos quinientos jóvenes españoles transterrados. Pero nada mejor que sus propias palabras para describir su estado de ánimo al pisar tierra mexicana:

“... dejaba tras de mí tres años de guerra civil; dos heridas físicas recibidas en combate; un año de desaliento y esperanza en los campos de concentración en Francia y, sobre todo, una herida psíquica, profunda, difícil de cicatrizar, la producida por la injusta derrota republicana contra toda moral, razón y justicia. Desde el punto y hora en que pisé la nueva y “suave” patria promisoría me juré y me hice el firme propósito de corresponder, en la medida de mis fuerzas y de mis capacidades, a la hospitalidad y generosidad de esta para mí tan nueva e inédita España, que pronto sería mi patria de adopción” (12).

Los primeros momentos en México fueron difíciles. Conjuntamente con una docena de compañeros inmigrantes, Ortega fue enviado a Tapachula, en el sur de México, a realizar faenas agrícolas e inmediatamente las dos colonias más influyentes de la ciudad, la española y la alemana tomaron una actitud adversa contra aquel grupo de “rojos y comunistas”. Nuevamente será el propio Ortega, quien nos cuente el suceso y desenlace:

“Apenas llegados (a Tapachula) se levantó contra nosotros una hostil polvareda provocada por un panfleto local que ostentaba el significativo y picante nombre de “La Pulga”. Vivía México en este momento un período político bastante crítico con motivo de las elecciones presidenciales disputadas por los candidatos, generales Manuel Avila Camacho y Juan Andrés Almazán; nuestra llegada a la ciudad chiapaneca y nuestro alojamiento provisional donde tenía sus oficinas el partido de gobierno, el PRI, concitó en contra nuestra un recelo singular y dio pábulo a la especie difamatoria denunciada por la saltarina publicación. Los compañeros, entre alarmados y temerosos, me encargaron que en un periódico local de más enjundia, creo recordar que se llamaba algo así como “Diario de Tapachula”, desmintiese los infundios enarbolados en nuestra contra, y puse enseguida manos a la obra. Escribí prontamente una adecuada réplica y la coroné con un título que tomé prestado del gran Cicerón, *Contumelia Maledicti*. Me acordé de mis latines bachilleriles y de mis estudios universitarios interrumpidos por la guerra civil española, y adorné nuestra defensa o mejor será decir la salpiqué con frases explicativas de *Lebensraum* —“el espacio vital”— de la *Blitzkrieg* —“guerra relámpago”— alemana, tan lejanas y distintas a las serenas afinidades electivas de Goethe. La publicación de este artículo dio un nuevo rumbo a mi vida, la pequeña colonia española residente en Tapachula dejó de murmurar y de avergonzarse de nosotros; los cafetaleros alemanes se sintieron

halagados por la diferencia que establecía entre la Alemania nazi y la patria de Goethe y no pude menos de aludir, como expuse, a la *Walhvervaldtschaft* goethiana que emparentaba a la cultura hispánica con la germánica" (13).

Este artículo obró tanto en favor de Ortega, que vino a recibir una ayuda para desplazarse a la capital mejicana, y uno de los halagados lectores alemanes le concedió una modesta beca de noventa pesos mensuales, lo que le permitió continuar sus estudios universitarios. Pero una vez más, con su ágil pluma el joven exiliado narra sus peripecias:

"... ¡Pero ay de mí, apenas llevaba dos meses disfrutando de esta prebenda, cuando México entra en guerra contra las potencias del Eje, y al intervenir nuestro gobierno las cuentas bancarias de los extranjeros, me vi privado de tan imprescindible cuanto útil ayuda. Al mal tiempo, me dije, buena cara y me desempeñé en diversos empleos eventuales para continuar mis estudios de historia, porque se me había dicho que en terminando la carrera se obtenía el nombramiento de profesor en las Escuelas Secundarias, como así ocurrió en efecto. Alternaba el estudio con el trabajo, y los sábados, en compañía de un amigo que poseía un "fordcito" viejísimo, de película cómica de los años veinte nos dedicábamos a vender medicinas y remedios para el ganado y las aves por todos los ranchos, granjas y establos aledaños a la capital. Al ser nombrado profesor del Instituto Español "Luis Vives" pude evitarme las sabáticas excursiones y dedicar mi tiempo a actividades más provechosas y educativas" (14).

A partir de aquí inicia Ortega su fulgurante carrera universitaria. Termina la licenciatura de Historia en 1945, es nombrado profesor de la Escuela de Secundaria nº 1 de México, y se matricula en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) en los cursos de Maestría y Doctorado, graduándose de Maestro de Historia en marzo de 1952, con la calificación de *cum laude*. Cuenta 39 años. En noviembre del mismo año presenta su Tesis Doctoral que es aprobada por unanimidad con *Magna cum laude*.

En 1954 gana una plaza de profesor de carrera en la UNAM, donde permanece en el ejercicio de la docencia hasta 1977, en que pasa a dedicarse íntegramente como investigador al Instituto de Investigaciones Históricas de esa Universidad, equivalente a nuestro C.S.I.C. Diez años después se le nombra investigador Emérito en reconocimiento a su ingente y fecunda labor como Historiador.

Para un intelectual, investigador o creador ingresar en la Academia es entrar en el Parnaso. Es la institución de los consagrados por excelencia. Es el reconocimiento de la gloria a quien lo alcanza.

Juan A. Ortega es de los elegidos. Por unanimidad accede como "Académico de Número" a la Academia Mexicana de la Historia, correspondiente a la Real de Madrid. Pero en este caso el hecho de su nominación entrañaba una dificultad añadida, se hacía necesario reformar los estatutos. Sólo los mexicanos de origen podían allegar a tan noble institución, y nuestro paisano no lo era. En consecuencia, hubo que modificar expresa-

mente las normas para que tal nombramiento pudiera realizarse. El Sillón número once es el que le correspondió. **Juan Antonio Ortega y Medina es el primer español y único malagueño que ha ingresado en la Academia Mexicana de la Historia.**

Para hablar de la producción historiográfica de nuestro personaje y de su labor como profesor e investigador, nadie mejor que Carlos Bosch García —hijo de Bosch Gimpera, otro iustre transterrado— y al igual que Ortega historiador y académico de la de México. Al referirse al biografiado dice (15):

“Su aporte académico tiene dos aspectos: primero, el de la docencia y después, el de la investigación. En aquél, con el recorrer de los años aparece como uno de los más distinguidos profesores de la Facultad, cuya docta y justa palabra resuena en las aulas con exquisito y suave acento andaluz, y es aceptada con el mayor respeto por una, a la fecha, muy crecida cantidad de alumnos. Sus conferencias, eso son sus clases, han mantenido el interés y la curiosidad del auditorio y versan sobre las asignaturas de historiografía general; el Imperio Español, siglos XVI y XVII, Reforma y Contrarreforma... La amplitud de intereses y de su curiosidad científica cubre desde el siglo XVI hasta el XIX en la historia de México. En su preocupación historiográfica importan el prólogo a Williams H. Prescott *Historia de la Conquista de México* (México, Porrúa, 1970), el estudio preliminar al *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España* de Alejandro de Humboldt (México, Porrúa, 1966) y el prólogo a *Crónistas e historiadores de la Conquista de México* de Ramón Iglesia (México, Sepsetentas, 1972) juntos con el artículo “El historiador D. Carlos M^o de Bustamante ante la conciencia mexicana” (Anuario de Historia, n^o 3, UNAM, México, 1963).

Estos trabajos son símbolos de la acuciosidad y precisión del investigador que nos ocupa; pero su obra fundamental se relaciona con el choque entre la filosofía del protestantismo y del catolicismo. Tema amplio en el que Ortega alcanza niveles de excepcional relevancia: *México en la conciencia anglosajona*, en los dos volúmenes publicados por Porrúa y Obregón en México, 1953; es el punto de partida que fragua ese interés de que hablamos en *Destino manifiesto* (México, Sepsetentas, 1972) y que florece en la *Evangelización puritana en Norteamérica* (México, F.C.E., Tierra Firme, 1976).

Las tres obras responden a la controversia existente entre protestantes y católicos que condiciona la política del mundo anglosajón y del Imperio español que entran en conflagración. Mismo tema que trata en *El conflicto anglo-español por el dominio oceánico. Siglos XVI y XVII*, (primera edición, UNAM, México, 1981; segunda edición, Algazara, Málaga, 1992). Libro que considero corolario del asunto por tanto tiempo preparado y elaborado.

El investigador muestra su personalidad de estudioso con metodología rigurosa y trabajo al desdoblarse su quehacer entre la tarea monográfica relacionada con el historiografía y su preocupación obsesiva del tema de envergadura y trascendencia, en el que mezcla la historiografía y la historia de las ideas, autodefiniéndose así como otro miembro de la escuela iniciada por el maestro José Gaos, que siguieron Ramón Iglesias, Edmundo O’Gorman y Leopoldo Zea.

Como muestra de su completa bibliografía fijamos nuestra atención en la obra que consideramos cumbre en el fecundo escritor.

La Evangelización puritana en Norteamérica representa ese verdadero interés mayor en la aportación histórica de Ortega. Concibe la historia en grande al abordar lo que por siglos ha perturbado el quehacer histórico y que viene creciendo desde los esfuerzos antecedentes.

El contenido de la labor presente resulta de complejidad superior a lo anunciado en el título, pues va en busca de los contrastes de fondo histórico que separan la evangelización y colonización de Norteamérica de la de Latinoamérica. El sólo planteamiento opone el mundo sajón al mundo latino al diferenciar las dos filosofías que inspiran y determinan la actuación que de ambos universos se desprenden en el continente americano. El tema americano sirve para ir más allá: En busca con éxito, del fondo de las dos filosofías, de base religiosa y moral de la cultura occidental.

Con sensible certidumbre andaluza, Ortega y Medina diseña los valores de los pobladores blancos del continente norteamericano y los contrasta hábilmente con aquellos que condicionan la acción en Iberoamérica.

El uso de los distintos instrumentos conceptuales empleados al principio no tenían todavía una diferencia grave cuando los protestantes y los católicos intentaron incorporar la novedad americana al tradicional esquema occidental; pero el desarrollo dispar de esos instrumentos provocó el nacimiento de la leyenda negra en contra del Imperio español, y su razón de ser, o de no ser, constituyó el meollo del estudio. Con excelencia contrasta Ortega y Medina el punto de vista humanístico renacentista y también de identidad que hacen, por un lado los frailes desde su postura tradicional católica, al conjugar rezagos medievales, elementos "seudorrenacentistas" y la aparición de novedades pictóricas de la vida precolombina que surgieron de los grabados de Valadés. Por su lado, los protestantes también evaluaron los acontecimientos del descubrimiento con la postura estética del "Renacimiento nórdico" con los grabados de De Bry y trataron de incorporar el mismo exotismo americano a la cultura cristiana europea, con la preocupación de tranquilizar su conciencia cristiana ante la presencia de los nuevos hombres (los indios), que no eran hombres nuevos, porque la novedad americana tenía que resolverse por el camino de la identidad genésica con el Viejo Mundo; pero con signos contrarios debidos a la exigencia que imponían la necesidad y la voluntad histórica y estética de primer orden.

Con esto plantea Ortega el anacronismo de cronología habido entre las dos conquistas. La una puede considerarse parte de un Renacimiento que todavía arrastra muchos elementos medievales y la otra partió de la Reforma ("Renacimiento nórdico") que, de por sí, definió la postura frente a Dios y al papado.

El equilibrio, la mesura y la pureza de estilo que caracterizan los escritos de Ortega están patentes en todos sus libros que definen su propia identidad y carácter, cualidades fundamentales en el buen historiador. Con altura aborda, en el desarrollo de su temática, el crecimiento de la leyenda negra y los contrastes que lo animaron durante los siguientes siglos. Es así como se adentra en la

problemática de las teologías contrapuestas por sus métodos de catequización; en la calidad del buen y mal salvaje que sirve de base para la expansión de los Estados Unidos, al imponerse la postura puritana por medio del mandato evangélico y la destrucción de los indios y el uso de la novedad mercantil en su evangelización resultante en la crítica y el racismo que dificultó el método puritano aplicado.

Del manejo del problema del indio por la filosofía, Ortega desprende con habilidad inusitada los problemas modernos de los Estados Unidos, pues en nada mejoró la situación planteada con el correr del siglo XIX cuando afloraron los conceptos de poder, de Destino Manifiesto y de Doctrina Monroe, teorizantes y consecuentes con los mismos conceptos filosóficos usados en los siglos anteriores a la conquista y colonización, mismos que mantuvieron el enfrentamiento con el Imperio español que tanto vituperaron en ese siglo para, ayudando a su caída, extenderse luego sobre los territorios tomados, acto que justificaron con el Destino Manifiesto. A la vista, el proceso se completó con la guerra de Cuba que lanzó los Estados Unidos a la expansión mundial del fin del siglo. Así se puso término a la discusión con el Imperio español para continuar chocando con los demás países europeos coloniales.

... Ortega y Medina ha puesto el dedo en la llaga al insistir, como conclusión, en la falta de identidad histórica de los EE. UU. cuando afirma: "Norteamérica se da ya cuenta de que para llegar a ser plena, espiritual y vitalmente americana (no sólo de nombre) necesita saturarse de pasado, cavar sobre él, revivirlo y asumirlo; pero de un pasado que no sea, como hasta ahora, simple trasplante europeo, necesario, sin duda, mas no único" porque no ha visto hacia atrás y desdeñó a los hombres del territorio que precedieron a los actuales, de ahí el interés de muchos estudiosos americanos en asomarse a la historia de Iberoamérica".

Hasta aquí el cumplido comentario que Bosch hace a la obra historiográfica de Juan A. Ortega.

Como culmen de su vida y en reconocimiento de sus méritos, en 1990 recibió el Premio de la UNAM en Humanidades, y al año siguiente el Presidente de la República de México, Carlos Salinas de Gortari, le concede el Premio Nacional de Ciencias y Artes de 1991 en el campo de la Historia, de las Ciencias Sociales y Filosofía; siendo asimismo, **la primera vez que tal título recae en un español y único malagueño que lo ha alcanzado**, "por haber contribuido a enriquecer el acervo científico y cultural del país".

Así pues, dos singularidades orlan con brillantez la biografía de este malagueño transterrado: **primero y, hasta ahora, único español que ha ingresado en la Academia Mexicana de la Historia; y también único compatriota que ha obtenido el Premio Nacional de Ciencias y Artes de aquel país.**

Quebrantado de salud, a los pocos meses de ser honrado y honrarnos con este galardón fallece en la ciudad de México, donde residía, el 4 de julio de 1992.

Con Ortega y Medina la Historia y la Historiografía mexicana han tenido la dicha de poseer uno de los investigadores más serios, profundos y prolíficos; un hijo de la vieja España, —con su progenie y vivencias malagueñas vigorosamente latentes en él

hasta sus últimos días— que ha abierto caminos y perspectivas nuevas a la investigación de las ciencias sociales, hasta alcanzar la singularidad y la universalidad.



Juan A. Ortega y Medina



El Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos,
con fundamento en lo dispuesto en la Ley de Premios,
Estímulos y Recompensas Civiles, otorga el

Premio Nacional de Ciencias y Artes 1991

En el Campo de

Historia, Ciencias Sociales y Filosofía

A

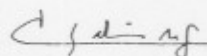
Juan A. Ortega y Medina

Por la excepcional aportación de su obra en el campo
de la Historia, Filosofía y las Ciencias Sociales, que ha
contribuido a enriquecer el acervo científico y cultural del país

Para constancia, se extiende el presente

DIPLOMA

México, D.F., Diciembre de 1991



Carlos Salinas de Gortari

NOTAS

- (1) Para todo lo relacionado con el tema nos hemos basado en: *Transterrados y ciudadanos. Los republicanos españoles en México*, Patricia W. Fagen. (FCE., 1ª edición en español, México, 1975); *El Exilio Español en México (1939-1982)*, FCE., México, 1982; y *Malagueños en América: del orto al ocaso*, E. Anguita y J. Moreno. Diput. Prov. de Málaga, 1992.
- (2) Cárdenas informó al Congreso, septiembre de 1936, que había facilitado veinte mil rifles de siete mm. y veinte millones de cartuchos al gobierno republicano español.
- (3) Este preciso y emotivo término fue acuñado años más tarde por el eximio filósofo exiliado, José Gaos: "Los refugiados de España en México no podían considerarse a sí mismos como "desterrados" (exiliados), sino más bien como *transterrados*, esto es, transferidos de una parte de su patria a otra. No eran *expatriados* de España, sino *empatriados* en México". Patricia W. Fagen, op. cit., pp. 141-42.
- (4) Así llamados porque fue este Estado mexicano quien los acogió.
- (5) Cuando termina la guerra, en campos de concentración franceses habitan más de 300.000 refugiados, calculándose que entre cuatrocientos y quinientos mil habían cruzado la frontera.
- (6) Consistía el valor de lo remitido en el yate "Vita" en 50 millones de dólares en joyas, acciones y bonos confiscados (Patricia W. Fagen, op. cit., p. 37).
- (7) Las agencias del gobierno republicano pagaron el viaje y reacomodo de unos diez mil refugiados de todas las filiaciones políticas. Cerca de siete mil fueron a México, dos mil a Chile y grupos más reducidos a otros países. Apud, Patricia W. Fagen, op. cit., p. 39. Otros tantos emigraron por sus propios medios.
- (8) Sólo el "Cuba", "Quanza" y "Serpa Pinto" pudieron llegar este año a México auspiciado por la JARE.
- (9) 500 son los médicos que se contabilizan entre los exiliados, frente a la mitad con que contaba el país anfitrión.
- (10) Extraídos de: *El Exilio Español...*, op. cit.
- (11) Fue fusilado por los "nacionales" tras la toma de Bilbao.
- (12) Entresacado del discurso que el biografiado pronunció en el Rectorado de la UNAM en 15 de mayo de 1987, con motivo de su nombramiento como Investigador Emérito.
- (13) *Ibidem*.
- (14) *Ibidem*.
- (15) *El Exilio Español...*, op. cit., pp. 286-292.